

“LOS CEREALES INTERGALÁCTICOS”

Érase una vez un pequeño país llamado Canguer. En él vivían un pequeño grupo, muy reducido, de personas pero todos estaban unidos para todo.

Eran felices, buenas personas y se conformaban con lo que tenían. No poseían muchas esculturas ni muchos monumentos, ni demasiado material de vestimenta, ellos mismos se consideraban “pobres”.

Cada habitante podía tener, como máximo, una o dos prendas de vestir y un hogar bastante reducido y humilde, pero pese a estos inconvenientes se consideraban agraciados y felices con lo que la vida les proporcionaba.

Tenían pocas cosas, pero había algo que les sobraba: alimentos. Tenían grandes tierras de cultivos y sabían aprovecharlas bastante bien. Les proporcionaba lo esencial: tomates, patatas, trigo, frutas... y los productos un poco más sintéticos los tomaban de vez en cuando importándolos de otros lugares.

Todo marchaba bien en Canguer, los niños jugaban por las calles, los hombres trabajaban en las tierras y las mujeres cuidaban a sus hijos charlando en las plazas de los pequeños pueblos y aldeas.

Pero llegó un tiempo en que el país fue sufriendo alguna crisis que antes no había tenido, hasta que les azotó la más fuerte de todas: problemas en las productivas tierras de cultivo.

Éstas comenzaban a dar problemas, los habitantes de los países limítrofes notaban la falta de buenos resultados que sus vecinos padecían, ya que eran sus principales compradores.

Los de Canguer lo empezaron a notar pero pensaron que sería pasajero, hasta que un día una gran muchedumbre arrasó con lo poco que la tierra les daba y ésta quedó yerma y sin vida. El país quedó sumido en una pobreza absoluta.

Todos lloraban viendo que de lo único que presumían se les esfumó como si de un mal espejismo se tratara.

El país perdió toda su alegría, hasta que un día uno de sus habitantes, Pablo, decidió buscar una solución.

Fue llamando casa por casa y reclutando hombre por hombre, sólo los cabeza de familia, los sentó a todos y comenzó a hablar:

- Veréis chicos, os he reunido porque no estoy de acuerdo en quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada mientras lo único que teníamos desaparece.
- ¿Y qué vamos a hacer? - comentó Pedro con la voz entrecortada por las lágrimas.
- Tranquilos - dijo Pablo - os he reunido a todos porque quiero que seáis conscientes de que dentro de poco tiempo no tendremos que comer y algo habrá que hacer, así que, pensad ideas y dentro de dos días nos vemos aquí de nuevo.

Pablo no paraba de darle vueltas a la cabeza pensando una solución. Estaba tan cansado que decidió echarse a dormir. Ya acostado tuvo un sueño en el cual le decían: "¡Pablo espabila! busca comida fuera de tu país, ayúdate de la imaginación, Pablo, la luna ..."

De repente Pablo se levantó de un salto y sólo pensaba en una frase: "Pablo, la luna". Estaba pensando y pensando y de repente:

- ¡Ya lo tengo! - contestó ilusionado - podríamos viajar a la luna.

Se lo contó a sus vecinos y estos se partían de risa pensando que estaba loco. Tras muchos días de esfuerzo consiguió convencerlos a todos y cada uno emigró a otro lugar para ganar dinero. A partir de ese momento el país quedó ocupado por las señoras de cada casa solamente.

Y así pasó el tiempo. Tras muchos días, los cabezas de familia volvieron a sus casas. Aquella noche prepararon una fiesta en la que comieron, bebieron, cantaron y dieron los beneficios de sus viajes.

- Pues yo - dijo Juan - he sido muy bien acogido en el pueblecito donde he ido. Enseguida me dieron trabajo, ganaba un buen jornal e incluso he hecho muy buenos amigos.
- ¡Qué suerte Juanillo! - continuó entre risas Alfredo, otro vecino del Canguer - porque yo he tenido que pasar varios días encerrado porque no me querían aceptar. Lo pasé muy mal pero ahora me río.

Y así pasó aquella velada llena de anécdotas divertidas.

Todos se fueron a dormir temprano porque al día siguiente tenían la reunión con Pablo. La noche pasó tranquila, y al amanecer cantó el gallo y todos se despertaron, se arreglaron y se reunieron con Pablo.

- Veréis . dijo Pablo - lo primero que quiero es agradeceros la labor que habéis hecho por Canguer.

Después de esto todos sacaron sus bolsitas con el dinero conseguido y lo juntaron en una mesa. ¡Habían recaudado muchísimo dinero!

- Tranquilos chicos - dijo Pablo - ¿ Qué os parece si hoy mismo compramos lo necesario para el gran viaje?

Y así fue, prepararon los cohetes, las vestimentas ... hasta el día que tocó despegar. Besos y lágrimas reinaban entre los habitantes de Canguer.

- ¡ 3,2,1! - y el cohete salió disparado.

Estando por el espacio hubo un problema: la dirección que el cohete cogió no era la correcta y llegaron a un planeta que no tenía ni nombre. Salieron de la nave despacio y asustados.

- ¡ Pero esto no era lo que buscábamos!

- Juan - dijo Pablo ilusionado - no seas tonto, gírate y observa.

Ante ellos había un gran campo de cereales altos y vistosos.

- ¡Los cereales intergalácticos! - exclamó Juan.- ¡Todos nuestros!, cogelos todos y vayamos de nuevo hacia Canguer.

Y así fue, cogieron todo cuanto pudieron dejando algo por si algún día tenían que volver. Ya dentro de la nave partieron hacia la tierra y cuando los niños y las mujeres los vieron llegar quedaron helados, sorprendidos porque sólo habían estado fuera cinco días.

- Es que nos confundimos de camino chicas pero tranquilas porque fuimos a parar a un campo de cereales intergalácticos.

Y empezaron a sacar toneladas y toneladas de rico trigo.

- ¡Somos ricos! - exclamaron todos gritando y saltando alrededor de los cereales.

Y así fue como de un simple sueño había surgido para Canguer una magnífica vida. Todos fueron más felices y se unieron aún más entre ellos.

Ya nunca más pasaron hambre y de esta forma se convirtieron en los ciudadanos más felices de todo el mundo.

CRISTINA POZO CANO.

14 años. HUELVA.